

POR EL AUTOR GANADOR
DEL PREMIO NEBULA

GREGORY BENFORD



GRAN RÍO DEL ESPACIO

CICLO DEL CENTRO GALÁCTICO: 3

En el planeta Nieveclara, los seres humanos afrontan un serio peligro de extinción ante la civilización creada por los mecs. Las escasas Familias supervivientes deben de llevar una peligrosa vida nómada, acosados por los Merodeadores y el Mantis, un nuevo tipo de mec capaz de provocar la «muerte total» de los humanos sorbiendo todos los recuerdos de los fallecidos.

Un nuevo análisis de la lucha entre inteligencias mecánicas y orgánicas. Esta vez el autor de *En el océano de la noche* y *A través del mar de soles* utiliza un enfoque muy ameno basado en la aventura, en el que no faltan interesantes personajes y las sugerentes especulaciones de uno de los mejores escritores que tiene hoy la ciencia ficción.

«En el difícil campo de la ciencia ficción hard, Benford es ahora el mejor novelista en activo».

The Washington Post.

A Lou Aronica y David Brin,
dos caballeros del Sevagram.

PRESENTACIÓN

Con gran río del espacio, Gregory Benford aborda una interesante y positiva inflexión en el tratamiento de uno de sus temas más queridos y trascendentes. Se trata del enfrentamiento (narrado en el trasfondo de un entorno galáctico) entre las inteligencias orgánicas y las inteligencias de origen mecánico. El tema aparecía ya apuntado en *En el océano de la noche* y se convertía en central en *A través del mar de soles* aunque recibía allí un tratamiento muy distinto y, tal vez, menos ameno. Se trataba entonces de la historia de un primer contacto con una inteligencia extraterrestre vista desde la óptica de los seres humanos que asistían perplejos a un devenir de sucesos extraños e incomprensibles.

Lo que interesa de *En el océano de la noche* es su brillante tratamiento del futuro inmediato de nuestro planeta visto desde una perspectiva inteligente y razonable. A ello hay que añadir la percepción del misterio y las posibilidades implícitas en el descubrimiento de otros seres en la galaxia. Posteriormente, en *A través del mar de soles* Benford explora con gran profundidad la compleja relación entre los seres humanos y la dificultad añadida de la comunicación con las nuevas inteligencias encontradas que aún se supone posible, y con ello plantea por primera vez el problema central de esta serie de novelas.

En *Gran río del espacio* el tratamiento literario toma la forma de la clásica novela de aventuras sin que falte la reflexión inteligente ni el minucioso trabajo previo de imaginar una sociedad creíble y unos alienígenas verdaderamente sorprendentes y novedosos. Tal vez el nuevo tratamiento sea una necesaria inversión ante la trascendencia y seriedad de novelas como *A través del mar de soles* que, debe reconocerse, por su calidad y rigor, ofrece muy pocas o nu-

las facilidades de lectura al lector acomodaticio. Por ello creo que conviene aplaudir este interés de Benford por servir también con gran dignidad pero con evidente amenidad una de las más fecundas y potentes ideas de la moderna ciencia ficción, al revestirla de un envoltorio en el que domina la aventura, la emoción y la lucha por la supervivencia y que permite mostrar la gran habilidad del autor en el arte de narrar. Todo ello configura una novela de lectura mucho más fácil y sencilla que el gran tour de force que constituían en el océano de la noche y *A través del mar de soles*, cuya seriedad puede haberlas alejado del lector más propenso a tratamientos livianos.

Me atrevería a decir que la obra de Benford está llamada a dejar poso en la historia del género por el rigor de sus ideas y planteamientos y por la gran habilidad literaria de que hace gala en su concreción final en forma novelada. En una de las más interesantes tendencias de la moderna literatura de ciencia ficción, tal vez en el corazón mismo de la temática más tradicional del género, descuella ya la figura de este autor como uno de los renovadores de la ciencia ficción clásica, que ha sabido aunar el interés por la ciencia con un alto nivel literario.

Para muchos, *Cronopaisaje* (1980) es una indudable obra maestra de difícil superación. Tal vez por ello Benford ha abordado en los últimos años un ambicioso proyecto que toma la forma de una serie de varios libros llamada a dejar huella profunda en la historia del género. Se trata de una compleja especulación sobre la evolución de la vida en la galaxia y que incluye como elemento determinante la contraposición violenta entre las civilizaciones de origen orgánico y las civilizaciones de máquinas.

El proyecto se inició en *En el océano de la noche* (1978) —colección NOVA ciencia ficción número 7—, en la que se nos presentaba el primer contacto de la humanidad con los frutos tecnológicos de una inteligencia extraña. Junto al misterio venido del espacio, Benford reflexionaba en esa

novela sobre el cambio de las condiciones sociales y ambientales en el futuro inmediato de nuestro planeta, y con toda seguridad este último punto es el que confiere a la novela su indudable envergadura e interés.

La serie continúa con la novela *A través del mar de soles* (1984) —colección NOVA ciencia ficción número 10—, que se constituye así en el segundo volumen de una trilogía todavía inacabada y que se unifica por el protagonismo central de un mismo personaje: Walmsley. Se trata aquí fundamentalmente de la especulación sobre la vida en el espacio profundo con especial incidencia en la dificultad de la comunicación entre especies diferentes.

En diciembre de 1987 apareció *Gran río del espacio*, que se incorpora, desde otro punto de vista, a la visión de la evolución galáctica que Benford está describiendo. Se trata esta vez de la historia de un grupo de humanos que tienen que vivir bajo la amenaza y la presencia constante de los miembros de una de esas civilizaciones de máquinas. La nueva trilogía, protagonizada por Killeen, continúa con *Tides of lighth* (1989, *Mareas de Luz*), aunque como ocurre en el conjunto de libros citados, cada novela es prácticamente independiente de la anterior y puede ser leída aisladamente.

Pese a ello, al aparecer *Gran río del espacio*, Benford modificó el final de *A través del mar de soles* para que las dos trilogías, la de Killeen y la de Walmsley, pudieran confluír en próximas novelas.

En una carta personal, Benford me comentaba su visión de las líneas generales del ambicioso proyecto que persigue:

Intento escribir una serie que verdaderamente se enfrente a la idea de que no somos los señores de la creación y que puede existir una inteligencia superior que no se preocupe mucho de nosotros. Deseo

explorar la naturaleza de la inteligencia artificial y cómo puede diferir de nosotros. Además, en las novelas de Killeen (Gran Río del espacio y las que le siguen), deseaba narrar la historia de un grupo de seres que habitaban en un entorno que se parece al mundo antiguo: poblado por figuras parecidas a dioses (dioses, en el caso de la antigua Grecia) que se preocupan muy poco de los humanos. Las historias de Killeen y de Walmsley se conectarán más tarde, y así la serie se unirá en temática y personajes. Mi objetivo es también ampliar continuamente el paisaje conceptual de las novelas y proporcionar una vasta visión de la vida y la evolución en la galaxia así como de las perspectivas a largo plazo de todo tipo de vida, con inclusión de la inteligencia artificial. Al mismo tiempo, la historia de los personajes humanos debe tener sentido. Por ello me ha llevado tanto tiempo escribir estos libros, ya que las ideas son difíciles de tratar y he tenido que aprender muchas cosas para escribirlos respetando el nivel de fidelidad a los hechos que a mí me gusta.

Con toda seguridad este breve párrafo es uno de los mejores resúmenes del objetivo perseguido por la serie que estamos ofreciendo a nuestros lectores en esta colección.

La serie se configura como una obra madura, inteligente y fruto de una profunda reflexión. La especulación de tipo científico y tecnológico de que hace gala Benford se complementa con interesantes visiones sobre la organización social en diversos ambientes y entornos: el próximo futuro de nuestro mundo (*En el océano de la noche*), la sociedad cerrada de una nave que viaja por el espacio profundo (*A través del mar de soles*), el precario reducto de una humanidad perseguida *GRAN RÍO del ESPACIO*, etc. En conjunto

se trata de obras fundamentalmente dirigidas a la inteligencia y a la sensibilidad del lector que acreditan la madurez del género.

En cada libro, junto al esquema general que preside la serie, es de destacar el trabajo de Benford por reflexionar sobre el ser humano y las formas sociales de que se dota. En gran río del espacio se abandona la visión localista centrada en la Tierra y nuestra civilización para abordar la misma problemática tal y como se vive en un planeta alejado, dominado por la civilización de los seres mecánicos (los mecs) y en la que los seres humanos afrontan una dura vida nómada tras la necesaria huida de sus Ciudadelas destruidas por la gran Calamidad desencadenada por los mecs.

En su continuo peregrinar, los seres humanos deben enfrentarse al interminable peligro de los mecs y ofrecen la clara imagen de un grupo en grave peligro de extinción. Es algo muy alejado de la clásica imagen de *señores de la creación* tan habitual en el viejo cliché de la «space opera». Me gustaría indicar aquí el interés y la sorpresa por encontrar este tratamiento en manos de un escritor norteamericano, nacionalidad esta tan propensa a considerarse como *ombigo del mundo* en función del poder que les confiere el dominio económico-militar del planeta. Que un autor de esta nacionalidad pueda atreverse a mostrar una humanidad perseguida y amenazada, una humanidad que no es más que un pequeño incordio en el seno de la civilización de los mecs, es doblemente interesante y muy revelador del interés especulativo de la buena ciencia ficción actual.

En *Gran Río del espacio* se narran esencialmente las peripecias de una Familia de humanos, los Bishop. En su continua huida efectuarán un terrible descubrimiento: existen nuevos tipos de mec, los Mantis, capaces de infligir la *muerte total* a los humanos. Este tipo de muerte absoluta impide la recuperación de las experiencias de los fallecidos y su almacenamiento como Aspectos o Rostros almacena-

bles en forma de chips en el complejo organismo cibernético en que se han convertido los seres humanos.

Para indicar más claramente la precaria situación de los seres humanos en el planeta Nieveclara, las Familias tienen un nombre que coincide con el de las piezas del ajedrez. Es una forma sutil del autor para recordar que en el planeta quedan tan sólo una media docena escasa de Familias. Alguna de ellas está prácticamente extinguida (Pawn = peón) e incluso hay otra que no llega a aparecer (Queen = reina). Las demás son precisamente las que pueblan el relato: Bishop (alfil), Rook (torre), Knight (caballo) y King (rey). Una forma elevada y sugerente de mostrar la real precariedad de la vida humana en Nieveclara, que dice mucho a favor de la inteligencia y la sutileza de Benford.

Tratada como una odisea de maravillas y terrores, la novela narra la difícil vida de esos humanos. La función del protagonista, Killeen (un personaje entrañable y esencialmente humano), es precisamente abordar el papel de observador crítico de su propia cultura nómada y otorgar carta de naturaleza (e incluso de necesidad) a la exigencia de innovación ante las tendencias tradicionales de su grupo social (reconstrucción de nuevas Ciudadelas, obediencia al saber de los Aspectos, etc.).

El conjunto configura una novela entretenida en la que el lector apreciará la riqueza de las especulaciones habituales en Benford: las modificaciones cibernéticas de los humanos, su recurso a los Aspectos y Rostros como almacenamiento de la experiencia anterior de la especie, el ser-mente electromagnético, la civilización de los mecs, sus factorías, el horror generado por el arte del Mantis, etc. Junto a ello, algunas de las descripciones de las factorías de los mecs (especialmente la de los productos *artísticos* del Mantis) son francamente escalofriantes y emotivas.

Todo ello compone una novela amena e interesante, con momentos de gran intensidad y brillantez (generalmente centrados en la tercera parte). Una novela que, tras la ca-

pa superficial de su facilidad y fluidez, tiene indudablemente más de una lectura y colabora a dignificar la moderna ciencia ficción.

Miquel Barceló

PRÓLOGO

LA CALAMIDAD

Killeen andaba entre las extensas ruinas. Exhausto, seguía pensando en una confusión de acero hecho pedazos, de techos hundidos, de ladrillos y piedras, de muebles destrozados.

Se le enronqueció la respiración cuando llamó a su padre:

—¡Abraham!

Un viento frío y susurrante arrastró consigo aquel nombre. El humo se elevaba desde los fuegos crepitantes y corría cerca de él, haciendo que el aire pareciera ondularse y desplazarse.

Desde allí, la Ciudadela se extendía ante él y descendía por la ancha y accidentada colina. Las intrincadas aglomeraciones de viviendas aparecían destrozadas y convertidas en montones de escombros y escorias. Tenía las piernas entumecidas por el cansancio y los ojos le escocían a causa del humo y de la pena; se detuvo sobre un terraplén de ruinas de mármol blanco, restos de una cúpula caída que en otro tiempo se levantaba un kilómetro por encima del arbolado de la Ciudadela. Por aquellos lugares había jugado y corrido, amado y reído...

—¡Abraham! —Muy pocas veces había pronunciado antes el nombre de su padre, y en aquella ocasión le sonó raro y remoto. Jadeó y tosió. El acre resquemor del humo se le había quedado en la garganta.

Los terraplenes inferiores de la Ciudadela ardían ferozmente.

Los mecs habían penetrado por allí en primer lugar. Unas tinieblas negras se cernían sobre los barrios más extensos: el Gran Césped, el Mercado Verde y el Reposo de las Tres Damas. El hollín recubría los mellados salientes de las paredes rotas.

Detrás, las majestuosas agujas aparecían mutiladas, reducidas a unas ruinas romas. Aquellos muñones parecían vomitar en todas direcciones lo que quedaba del acero de sus estructuras. La brisa cambió de dirección y llevó hasta él los crujidos de las paredes al derrumbarse.

Pero el viento no traía gemidos ni gritos. La Ciudadela yacía silenciosa. Los mecs se habían llevado vidas y almas; no habían dejado más que cuerpos vacíos.

Killeen se dio la vuelta y anduvo por la ladera. Aquel era su antiguo vecindario. Los bloques destartalados y las vigas retorcidas no llegaban a esconder del todo los caminos y pasillos que había conocido en su juventud.

Aquí yacía un hombre, con los saltones ojos dirigidos hacia el cielo atormentado.

Allá una mujer aparecía partida en dos, bajo una viga.

Killeen les conocía a ambos. Eran amigos, parientes lejanos de la Familia Bishop. Tocó los dos fríos cuerpos y se alejó.

Había huido con los supervivientes de la familia Bishop. Habían alcanzado rápidamente la lejana cordillera, y sólo entonces se habían dado cuenta de que el padre no se hallaba entre ellos. Killeen había emprendido el camino de regreso a la Ciudadela, utilizando unos zapatos motorizados para conseguir una mayor velocidad. Como si fueran unos delgados émbolos, las piernas le llevaron ante los muros defensivos ya derruidos, antes de que ningún miembro de su familia advirtiera que se había ido.

Abraham había defendido las murallas exteriores. Cuando los mecs se abrieron camino a través de ellas, el cerco

humano se convirtió en una loca confusión.

Los mecs habían entrado. Killeen estaba seguro de haber oído la voz de su padre gritando por los comunicadores. Pero después de aquello, la batalla los había sumergido a todos ellos en un turbulento ciclón ardiente de muerte y pánico.

—¡Killeen!

Se detuvo. Cermo el Lento le llamaba por el comunicador.

—¡Déjame solo! —replicó Killeen.

—¡Ven! ¡No nos queda tiempo!

—¡Id hacia atrás.

—¡No! Todavía quedan mecs. Y algunos vienen hacia aquí.

—Ya os alcanzaré.

—¡Corre! ¡No queda tiempo!

Killeen movió la cabeza y no respondió. Con un movimiento de uno de sus dedos se salió de la red de comunicaciones.

Trepó por piedras amontonadas. A pesar de que se desplazaba con el traje motorizado, le resultaba difícil abrirse camino y subir por las pronunciadas pendientes de las paredes en ruinas. Aunque los mecs habían abierto numerosas brechas, las imponentes murallas habían resistido durante un tiempo. Pero, sometidas a los incesantes ataques, hasta aquellas recias fortificaciones al fin habían cedido.

Pasó por debajo de un arco que, milagrosamente, había quedado en pie. Ya sabía qué le esperaba al otro lado, pero no pudo resistir la tentación.

Ella estaba en la misma posición. El rayo de calor había alcanzado a su mujer mientras la llevaba en brazos. El costado izquierdo le había quedado abrasado.

—Verónica.

Se agachó y observó los abiertos ojos grises de ella, que miraban un mundo derrotado para siempre.

Con todo cuidado, intentó cerrar aquellos ojos que parecían acusarle. Pero los párpados, viscosos y a la vez yertos, se negaban a moverse, como si ella no quisiera renunciar a una última mirada a la Ciudadela que tanto había amado. Los pálidos labios se curvaban con la media sonrisa que siempre mostraba antes de empezar a hablar. Pero la piel estaba fría y dura, como si ya hubiera adquirido la rígida solidez del suelo.

Se puso en pie. Todavía percibía aquella mirada clavada en la espalda cuando se obligó a alejarse de allí.

Andaba con dificultad por encima de las desmoronadas ruinas que habían sido hogares, talleres, elegantes arcadas. Brillaban hogueras que todavía surgían de repente en la Biblioteca Central.

Los jardines públicos habían sido siempre sus lugares preferidos, ya que constituían una riqueza exuberante de verdor húmedo en la seca Ciudadela, pero ahora aparecían marchitos y humeantes.

Al pasar frente al destruido Senado, las tribunas de alabastro se quejaron y temblaron antes de derrumbarse lentamente.

Avanzaba con cautela, pero no había ni rastro de los mecs.

—¡Abraham!

A su alrededor se amontonaban las ruinas de su juventud. Allí, en el taller de su padre, había aprendido a utilizar con destreza las herramientas automáticas. Allí, bajo una alta bóveda, había visto por primera vez a una recatada y vergonzosa Verónica.

—¡Abraham!

Nada. Nadie. Probablemente yacía bajo los baluartes derruidos.

Pero todavía no había podido recorrer todo el complejo laberinto que los hombres habían construido durante generaciones. Aún quedaba alguna posibilidad.

—¡Killeen!

No se trataba de Cerme. La voz autoritaria y segura de Fanny le llegó, anulando la interrupción de las comunicaciones.

—¡Retírate! Ahora ya no podemos hacer nada.

—Pero... la Ciudadela...

—Ha desaparecido. Olvídate de ella.

—Mi padre...

—Tenemos que huir.

—Otros... Pudiera ser que...

—No. Estamos seguros. Ahí no queda nadie con vida.

—Pero...

—Ahora. Tengo cinco mujeres cubriendo la Puerta de Krishna. Ven por este camino y nos dirigiremos al Paso de Rolo.

—Abraham...

—¿No me has oído? ¡Date prisa!

Se volvió para dar una última mirada. Aquel había sido todo su mundo, cuando era un muchacho. La Ciudadela había conseguido que el abrazo de la humanidad resultara real y tranquilizante. Se había mantenido firme contra el universo hostil del exterior, con fuerza pero también con astucia. Las finas torres habían relucido como caramelo de piedra. Cuando regresaba a la Ciudadela después de breves ausencias, el corazón siempre le daba un vuelco tan pronto descubría las orgullosas y descollantes agujas. Había paseado durante horas y sin rumbo fijo por el laberinto de corredores de la Ciudadela, admirando los elegantes frisos que adornaban los altos techos artesonados. La Ciudadela tenía una gran extensión, pero a pesar de esto, había logrado ser cálida, con todos sus nichos esculpidos donde se había infundido el espíritu de un pasado humano común.

Miró atrás, hacia donde yacía el cuerpo de Verónica.

No había tiempo para enterrarla. Ahora el mundo pertenecía a los supervivientes, a la huida febril y a la lenta melancolía.